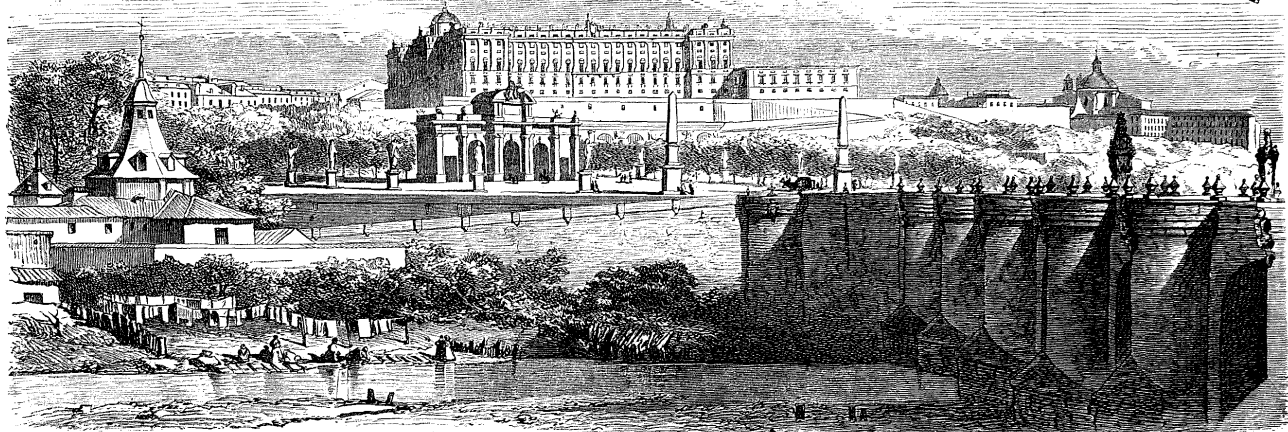


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 50 DE ENERO DE 1871.

NÚM. 26.

SUMARIO.

TEXTO. -Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—La Serrana de la Vera, por D. V. Barrantes.—D. Hilarion Eslava, por don J. M. Esperanza y Sola.—El barrio de las musas, por don Francisco M. Tubino.—Costumbres del siglo XVII (continuación), por D. Julio Monreal.—El bergantín «Caritá» (conclusión), por D. Narciso Campillo.—Eduardo Zamacois (apuntes biográficos), por D. Manuel del Palacio.—El dios de las batallas, por D. José Fernandez Bremon.—Revista musical, por D. Antonio Peña y Goñi.—Roma. Inundación del Ghetto (barrio de los judíos).—Visita de S. M. el rey al cuartel de San Gil.—Funerales de D. Pascual Madoz en Barcelona.

GRABADOS.—Don Hilarion Eslava, dibujo de D. A. Perea.—S. M. el rey pasa revista al cuarto regimiento montado de artillería, en el cuartel de San Gil, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Funerales de D. Pascual Madoz en Barcelona, del mismo.—Roma. Inundación del Ghetto (barrio de los judíos), del mismo.—El hogar de una casa propiedad del duque de Frias, en Ocaña, copia de un dibujo del Sr. Becquer, por D. F. Pradilla.—Zaragoza. Algunos habitantes disponen su marcha huyendo de la inundación, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Eduardo Zamacois, dibujo de D. A. Perea.—La Maja, boceto de Eduardo Zamacois, dibujo de D. A. Perea.—Jeroglífico.

ECOS.

Los habitantes de París se han acostumbrado ya á considerar el bombardeo como una especie de fenómeno atmosférico, como una lluvia de aerolitos. Quién va por la calle á pié, quién en coche, quién á caballo ó á gatas, segun puede en tiempos tan anormales; pero todos al andar miran al cielo, como el poeta que demanda inspiración. Debe parecer París un pueblo de bobos. De pronto cualquier ciudadano grita: ¡una bomba! y todo el mundo se arroja á tierra panza abajo. Diríase que se habían muerto todos de repente. Un globo inmenso descendiendo trazando una gran curva y al tocar el suelo estalla como un planeta lleno de pólvora. Entónces, por un fenómeno de elasticidad los cuerpos de los transeuntes se pegan á la tierra, hasta quedar en el estado de lámi-

nas. Luégo, los más decididos alzan un poco la cabeza y dirigen una mirada en derredor: no ha ocurrido novedad, aparte del susto; de cada mil bombas se aprovecha una. Por fin, se pone en movimiento la gente y los granujas se dan de cachetes disputándose los cascos del proyectil, que el gobierno paga á franco y medio el kilogramo.

El hombre es un animal de costumbre, y concluye por hacerse al bombardeo. Nada decimos de la mujer, porque ésta por naturaleza es aficionada á los estados de sitio.

Aunque las desgracias personales producidas por el bombardeo no sean muchas, ocurren episodios cuya narración extremece. Ya es una familia que está comiendo y que vé caer encima de la mesa una terrible granada, á guisa de postre: ya es un honrado matrimonio que va en coche y que siente estallar bajo el vehículo un volcan formidable: ya, en fin, y esto espeluzna, un guardia nacional oye la voz de alerta, se tiende en el suelo y recibe en los faldones de su levita una bomba que estalla en aquel sitio, con grave detrimento de su persona.



DON HILARION ESLAVA.

Pero ya lo he dicho: el hombre se acostumbra al bombardeo. A lo que no se acostumbra es á no comer. Los parisienses se han comido los asnos, los mulos y los perros; ya no hay legumbres, y en los *restaurants* triunfa por completo la cocina china: se sirven ratones, y otros animalitos de tan baja extracción, á cuatro ó cinco duros pieza. Pueden Vds. figurarse la inseguridad de que gozarán los gatos estando tan en boga los ratones.

Algunos parisienses de influencia se han comido los osos del Jardín de Plantas, y la grasa de estos animalitos ha sido comprada á precios fabulosos, no por los calvos, como ántes, sino por los cocineros.

Qué más: ¡hasta se han comido al gran elefante!

No hace mucho los soldados prusianos, para burlarse de los hambrientos habitantes de París, enviaron en una balsa que arrostró la corriente, un pedacito de tocino. En un madero de la balsa, á modo de dedicatoria, se leía: «Para el abastecimiento del pueblo de París.»